

PRESENTACIÓN

Dicen algunos que este otoño de 2015 puede ser decisivo en la política española, ya que se van a elegir unas nuevas Cortes Generales que deberían impulsar los cambios que España necesita, aunque bien es verdad que hay pocas precisiones sobre el rumbo que se piensa adoptar. Para nosotros, que en *Cuadernos Republicanos* llevamos treinta años ejercitando la memoria y extrayendo de ella lo que creemos mejor para aquellos que se interesen por el porvenir de nuestro país, no existe duda alguna de que el ciclo iniciado en noviembre de 1975 con la muerte del general Franco toca a su fin. La realidad de tal afirmación parece incontestable ante la crisis sistémica, política y económica, que padecemos, pero nos inquieta desconocer el guión, si es que existe, de salida o superación del marasmo institucional, porque es la primera vez en el último siglo y medio que no aparecen alternativas al régimen que se está hundiendo. Sin duda terminarán apareciendo y, si es así, ojalá abran el horizonte de un país mejor y más libre.

Las colaboraciones de este número 89 de la revista son un conjunto de estudios históricos de gran interés, que van desde el cantonalismo a la conjunción republicano-socialista del 31, sin olvidar la segunda parte de los sucesos derivados por la crisis del *Virginius* de 1873, que pudo superarse gracias a la labor diplomática de Castelar.

En las otras secciones de *Cuadernos*, son destacables los dos discursos recuperados por Pedro L. Angosto, uno de Fernando de los Ríos y otro de Rodríguez Castelao, durante los debates del proceso constituyente para elaborar la Constitución de 1931. Su interés en este momento nos parece innegable y confiamos que su lectura sirva para arrojar luz en las sombras políticas que nos rodean.

Cuando se publique la revista, se habrán convocado las elecciones generales de cuya importancia nadie duda, aunque repito que se desconocen los resultados, dada la crisis de los partidos dinásticos, el PP y el PSOE, y la aparición de organizaciones nuevas que aspiran a hacerse con parte del control del electorado de ambos. Pero, por encima de todo eso, existe el hecho innegable del problema catalán

que, probablemente, gravitará sobre la campaña electoral y sobre las decisiones de las Cortes futuras. Por eso, prefiero reproducir lo que he escrito recientemente sobre el asunto, una vez celebradas las elecciones del pasado 27 de septiembre en Cataluña.

Ante lo que sucede en Cataluña, que ha abierto una gran vía de agua en el paquebote de la Transición, mi previsión es que habrá paripé, entre otras razones porque ninguno de los agentes políticos de allí y de aquí se plantea el cambio verdadero del estado de cosas en España. Para eso, se requeriría contar con proyectos de alcance político y económico para pedir la confianza del pueblo español con objeto de gestionar un proceso constituyente que reconstruya el Estado sobre la base de los valores republicanos de libertad, igualdad y fraternidad. Y es exigir demasiado esfuerzo a los que viven cómodamente instalados en las inercias o a los “nuevos” que aspiran a un buen pasar en la nómina de los instalados. Por ello, tranquilícense los que vaticinan grandes cataclismos o episodios traumáticos: en Cataluña seguirán al mando los independentistas, cuyo objetivo principal será marcar la agenda de las nuevas Cortes y del Gobierno que surja de ellas no para fundar un Estado independiente al estilo tradicional, sino para obtener de facto la independencia económica y fiscal, el modelo vasco corregido y aumentado, bajo la sombrilla de España. Creo que es lo que subyace en las declaraciones de unos y de otros, adornadas con excesos semánticos, porque lo que hay es un ajuste de cuentas entre los grandes protagonistas y beneficiarios de la Transición, que se pretende resolver con ventaja indudable para Cataluña, cuya víctima principal será el pueblo español. En mi opinión, esa es la única certeza en este campo de Agramante.

Siempre he sostenido que el modelo de distribución del poder público en España, las famosas autonomías, ha devenido en una disgregación incompatible con el buen gobierno y el uso eficaz de los recursos públicos. Los Gobiernos nacionales han ido decayendo en capacidad en la misma medida en que el Estado se iba deshilachando por mor de las ambiciones regionales que, aprovechando las riadas de dineros llegados de la Unión Europea y los ingresos provenientes del esfuerzo fiscal de los españoles, encauzaron para sí la parte del león del gasto público, sin adquirir responsabilidades significativas en materia recaudatoria e impositiva. Gastar sí, pero el dinero que lo recaude otro:

el mejor de los mundos, que empezó a resquebrajarse con el estallido de las burbujas, lo que espoleó el sentimiento independentista de una región rica como Cataluña, cuyos dirigentes han decidido que les resulta más provechoso construir su propio estado dentro de España. Sería un subproducto singular y privilegiado dentro del Estado español.

Lógicamente, para plantear una pretensión de esa naturaleza hay que contar con el soporte social y político adecuado. Durante decenios, la política catalana ha trabajado en pos de ese objetivo y hoy se puede afirmar que lo han conseguido: el universo nacionalista es avasallador hasta el punto de que las organizaciones sociales y políticas discrepantes se han ido reduciendo a la mínima expresión y, sin descartar algún rebote puntual, no es previsible que el mando político en la Generalidad pase a otras manos. Si a ello se añade que la economía y las finanzas, los mercados y la globalización, prescinden cada vez más de los Estados y de los Gobiernos siempre que se mantengan dentro de las pautas del catecismo financiero imperante, véase Grecia, no parece que por ahí vaya a haber problemas significativos. Desde mi punto de vista, los problemas principales serán para los españoles si, por la vía de hecho, aunque sea de forma pacífica y concordada, se les amputa una parte relevante, alrededor de un 18%, de la tarta fiscal.

En el caso de una empresa que, por la razón que sea, se ve privada de una parte sensible de su negocio, lo normal es acometer una reestructuración de costes junto con una política de marketing agresiva para recuperar cuota de mercado. Salvando las distancias, es lo que conviene ir pensando en España si, como es de temer, se termina consumando el paripé sobre la cuestión catalana: sus consecuencias económicas y fiscales convertirán en misión imposible mantener la estructura territorial actual. Se impondrá, como mínimo, una reconversión de las regiones autónomas, con la desaparición de la mayoría de ellas, si no de todas, y que el Estado resultante asuma el papel, que nunca debió perder, de asegurar la cohesión social y el funcionamiento de los servicios públicos, bajo los principios de la libertad y de la solidaridad.

El análisis y el seguimiento de los acontecimientos deben servir para hacer un poco de prospectiva. Por eso, sean cuales sean los resultados

del 27S, creo que vamos a asistir a una legislatura contaminada por la cuestión catalana, que pesará sobre el ánimo de las Cortes Generales cuyos integrantes, que serán los de siempre con algunas añadiduras que parecen traer poco nuevo, se afanarán en fabricar un producto, la Transición 2, para superar el trance en el corto plazo. Así, cuando pasen los fervores electorales y se acallen los slogans de brocha gorda, tan faltos de inteligencia como dañinos para la nación, los padres de la patria tendrán que fabricar el nuevo producto de corte lampedusiano para tratar de oxigenar un modelo político aquejado de aluminosis y venderle a los españoles otra fórmula de éxito, aunque con plomo en las alas.

Para quienes conservamos la fe en España y deseamos que alcance su plenitud democrática, el sentimiento de amargura y de indignación es inevitable, pero no encuentro elementos que lo varíen. Por supuesto, el escenario descrito no es rígido, porque los procesos políticos y sociales no son mecanicistas y nada puede garantizar que operen en direcciones desconocidas, pero, con los agentes políticos que operan en el solar español y con la sociedad actual, es bastante previsible que se materialice en paz y concordia aparentes. Sin embargo, será difícil evitar que en algunos sectores del pueblo español aniden sentimientos de humillación y de pérdida que, probablemente, engordarán cuando se vayan conociendo las consecuencias económicas y sociales de semejante paripé. Y entonces, dentro de tres o cinco años, surgirán las voces airadas y las exigencias de responsabilidades a quienes, por acción u omisión, quebrantaron la Patria. Pero ya no habrá vuelta atrás.

Manuel Muela